Lección 5
25 de octubre al 1º de noviembre

La redención anunciada



«Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados».
Isaías 53: 5

Un niño pacificador

Sábado
25 de octubre

INTRODUCCIÓN

Romanos 5: 7, 8

Don Richardson fue enviado como misionero a Papúa Nueva Guinea, a predicarle a la tribu de los Sawi, un grupo de caníbales que practicaban al grado sumo el engaño. Cuando Richardson compartió a Jesús con ellos hubo un hecho que les llamó la atención: ¡el relato de la traición de Judas! Para los Sawi, Judas fue un héroe, porque penetró astutamente al círculo de confianza de los discípulos antes de volverse en contra de Jesús.

Después de presenciar numerosos incidentes en una sangrienta guerra entre los Sawi y sus enemigos los Haenam, Richardson estaba prácticamente dispuesto a darse por vencido. En un esfuerzo final para convencer al misionero para que se quedara, las dos tribus prepararon una complicada ceremonia. Todos guardaron silencio, excepto la esposa del jefe de los Sawi. Ella gritó en alta voz, mientras el jefe arrebataba de sus brazos a su hijo de seis meses y se lo entregaba al jefe enemigo. Uno de los miembros de la tribu le explicó a Richardson que los enemigos le cambiarían el nombre al niño y lo criarían como si fuera hijo de ellos.

Richardson sabía que no se podía confiar completamente en ningún Sawi. Pero en ese memorable día, él se dio cuenta que había presenciado una gran lección: el niño pacificador; un jefe que entregaba a su hijo a sus enemigos. Aquel acto doloroso, y desgarrador borraría cualquier suspicacia. Por muto acuerdo, mientras el niño viviera, no se podría librar guerra alguna entre las dos tribus.

Richardson había encontrado finalmente un paralelo en la cultura Sawi que podría utilizar con el fin de hacerles llegar el mensaje de un Dios perdonador. Él reunió a la gente y les leyó un texto del profeta Isaías: «Porque nos ha nacido un niño, se nos ha concedido un hijo; la soberanía reposará sobre sus hombros, y se le darán estos nombres: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Isa. 9: 6).

Por primera vez los Sawi comenzaron a entender el cristianismo.[1] Dios también había enviado a su hijo para que viviera en medio de sus enemigos. Para que hubiera paz y terminara la guerra contra el pecado y la muerte.

Las tribus Sawi y Haeman requerían un niño pacificador, alguiien que fuera portador de la paz. Al igual que ellos, nuestro *niño pacificador* vino a nosotros como un bebé y creció para convertirse en el Mesías, el Señor de la vida. Él era el Hijo del Dios Todopoderoso, alguien que vino para ofrecernos la paz que sobrepuja todo entendimiento. Esa misma paz puede ser nuestra si vivimos y amamos en la forma que él nos ordenó. Amarlo no nos proporcionará tan solo la paz interior que anhelamos. El hecho de amarlo también nos dará paz entre nosotros, con los demás, en nuestros hogares, en las comunidades y aun entre las naciones. La clave es el *divino niño pacificador,* nuestro Señor Jesucristo.[2]

1. Adaptado de “El niño pacificador” de Gordon E. Ellis, 1º de septiembre de 2002. En //www.firstchurchsouthington.org/sermons/2002SE/090102se.html
2. *Ibíd.*

Maripaz T. Adriano, Muntinlupa, Filipinas

Domingo
26 de octubre

Algo adicional a los anuncios acostumbrados

LOGOS

Génesis 3: 15; 22: 1-18;
Éxodo 32; 34: 6-10; Daniel 9

En casi todo programa de radio o televisión los oyentes son bombardeados con anuncios comerciales que presentan las virtudes de diferentes productos y servicios. Grandes sumas de dinero son empleadas en la elaboración de dichos avisos comerciales. Estos anuncios se repiten a menudo con el fin de condicionar las mentes de los consumidores para que adquieran determinado producto.

El perfecto sacrificio de Cristo es mucho más que un anuncio comercial destinado a llamar nuestra atención.

Dios utilizó un método único para anunciar el sacrificio redentor de Cristo y para impresionar las mentes de quienes escucharían aquel mensaje. Dicho método involucra el recuento de las experiencias de diferentes personajes del Antiguo Testamento.

La caída esperanzadora (Gén. 3: 15)

Cuando Adán y Eva pecaron, comiendo del fruto de la ciencia del bien y del mal, Dios increpó a la serpiente y le dijo que pondría enemistad entre ella y la mujer, y entre los hijos de Adán y Eva y la descendencia de la serpiente. Los hijos de Adán y Eva aplastarían la cabeza de la serpiente, mientras que la serpiente heriría el calcañal de ellos (Gén. 3: 15). El Señor deja de hablar a la serpiente literal para emitir un juicio sobre la serpiente antigua, el diablo. Este juicio, expresado en un lenguaje profético, ha sido entendido por la iglesia cristiana como una predicción de la llegada del Libertador.[1]

La simiente de la mujer se refiere a Jesucristo (Gál. 16, 19). Su muerte en la cruz aplastó la cabeza de la serpiente, aunque la simiente de la misma tuvo éxito al hacer sufrir al Hijo de Dios. No fue una tarea fácil, porque Jesús sufrió inmensamente para ganar la victoria en nuestro favor.

Una prueba sin igual (Gén. 22: 1-18)

Durante muchos años Abraham esperó al hijo prometido. Finalmente Isaac nació. Pero un día Dios le ordenó a Abraham que sacrificara a Isaac. Este mandato debe haber traspasado el corazón de Abraham, pero su clara percepción de la obediencia y la devoción a Dios, prevalecieron. No tenía idea que aquella sería su hora de triunfo, algo que le concedería el título de «Padre de la fe».

Isaac podía haberse defendido fácilmente de su anciano padre, pero no lo hizo. Su correcta crianza fue probablemente la razón para que se sometiera voluntariamente al sacrificio. Dios intervino antes que el mismo fuera consumado ya que Abraham demostró su fidelidad a través de la obediencia.

Este escenario fue una imagen del sacrificio divino que se llevaría a cabo en el futuro. El cordero inocente debía entregar su vida para beneficio del hombre, y su

piel para cubrir la desnudez del pecador. El pecador debía ver simbólicamente en al Hijo de Dios el cordero que daría su vida para expiar la transgresión del hombre, y cuya justicia sería suficiente para exonerar su culpa.[2]

Dios instituyó el rito de los sacrificios como un medio para que el hombre tuviera un ejemplo visual, un medio para que entendiera el precio que debía pagarse con el fin de redimirlo del pecado.

Una desvergonzada traición (Éxo. 32; 34: 6-10)

Moisés pasó varias semanas en el Monte Sinaí comunicándose con Dios. Allí Dios le entregó las dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos. Sin embargo, en el campamento los israelitas pensaban que Moisés se había olvidado de ellos. Por lo que le rogaron a Aarón que les hiciera un becerro de oro para que los guiara.

Al descender Moisés de la montaña vio que los israelitas adoraban al becerro. El pueblo manifestaba una actitud de «si no te veo, ni pienso en ti». Es lamentable que el pueblo escogido dependiera de Moisés para sentirse inspirados. Tanto se enojó Moisés que en su ira hizo pedazos las tablas de piedra.

Con gran amor, Moisés le suplicó a Dios que no destruyera a aquel pueblo rebelde y testarudo. Se daba cuenta de la gravedad del pecado que habían cometido y estuvo más que dispuesto a ofrecer su vida como sacrificio por aquel pecado. Moisés como dirigente de Israel representaba al Buen Pastor que da su vida por las ovejas (Juan 10: 11-15). Sin embargo, Moisés no estaba capacitado para cargar con la culpa del pueblo en la medida que Jesús lo estaba. Por lo tanto, Dios renovó su pacto con Israel, no deseando que pereciera (2 Ped. 3: 9).

El sacrificio perfecto (Dan. 9).

El relato bíblico demuestra claramente que Daniel vivió una vida intachable ante Dios. Aun así, se humilló y se identificó con las iniquidades de Israel. Intercedió a favor del pueblo, sin confiar en sus méritos personales, sabiendo muy bien que ellos no merecían el perdón y la misericordia.

La fidelidad de Dios hacia su pueblo se puso en evidencia al proporcionársele un período de gracia de 490 años. A pesar de la muerte vicaria de Jesús, rechazaron su sacrificio expiatorio. Por lo tanto, los israelitas dejaron de ser el único instrumento que llevaría a cabo la misión divina de salvar a la humanidad.

El perfecto sacrificio de Cristo es mucho más que un anuncio comercial destinado a llamar nuestra atención. Su muerte no debe ser considerada con liviandad, tomando en cuenta el alto precio que él pagó por nuestra salvación. Todo lo que necesitamos hacer es aceptarlo y permitirle a su Espíritu Santo que transforme nuestras vidas de acuerdo a la voluntad divina.

---

1. *Comentario bíblico adventista,* t. 1, pp. 232, 233.
2. *Ibíd.*, p. 233.

Lunes
27 de octubre

«Mi hora no ha llegado»

TESTIMONIO

Juan 2: 4

Las buenas nuevas de salvación en Cristo le fueron comunicadas a la humanidad inmediatamente después de la caída. «Adán comenzó a darse cuenta de la cuantía de su pérdida: de gobernante del mundo había pasado a ser un siervo de Satanás. No obstante, antes de escuchar su propia sentencia se le aplicó un bálsamo sanador a su alma destrozada. Ahora debía esperar la salvación que vendría de aquella a quien él había acusado por su caída: la simiente prometida tendría el poder para vencer al archienemigo de Dios y del hombre».[1]

«Adán reconoció que el redentor prometido era el único medio por el cual podría tener vida. El plan para salvar a los pecadores ha sido el mismo en cada generación. Los patriarcas, los profetas y los santos hombres de la antigüedad esperaron con ansias la venida del Salvador, mostrando su fe en él mediante las ofrendas y sacrificios. La sangre de los animales era un símbolo del sacrificio sin pecado realizado en el Calvario. En la crucifixión el tipo encontró su antitipo y el sistema tradicional fue abolido mediante la gran ofrenda antitípica».[2]

De una vez y por todas el sacrificio máximo fue realizado por Jesucristo con el fin de expiar nuestros pecados para que seamos salvos. Cristo es el eje del gran plan de redención, un plan que es monolítico y que abarca todas las dispensaciones. Él es el redentor de los hijos e hijas de Adán caídos en el pecado a través de las épocas de la gran prueba humana. «De hecho, en ningún otro hay salvación, porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos» (Hech. 4: 12).

«Las palabras: "Aun no ha venido mi hora", indican que todo acto de la vida terrenal de Cristo se realizaba en cumplimiento del plan trazado desde la eternidad. Antes de venir a la tierra, el plan estuvo delante de él, perfecto en todos sus detalles. Pero mientras andaba entre los hombres, era guiado, paso a paso, por la voluntad del Padre. En el momento señalado, no vacilaba en obrar. Con la misma sumisión, esperaba hasta que llegase la ocasión».[3]

PARA COMENTAR

1. ¿Cómo te puede ayudar en tu actitud vital, el conocimiento de que Dios tiene una hora señalada para todo suceso?
2. ¿Cómo puedes demostrar tu aprecio por el plan divino de salvación?
3. ¿Por qué es imposible contemplar la expiación y no alabar al Salvador?

---

1. *Comentario bíblico adventista*, t. 1, pp. 232, 233.
2. *Bible Echo and The Signs of the Times*, 1º de enero, 1887.
3. *El Deseado de todas las gentes*, p. 121.

Joycelene I. Judan, Muntinlupa, Filipinas

Un anuncio emanado del amor

Martes
28 de octubre

EVIDENCIA

1 Juan 4: 8

Podemos identificar dos puntos importantes al leer lo que Dios le dijo a Adán, a Eva y a Satanás en el Huerto del Edén. Primero aparece la profecía de que surgirá un conflicto entre Satanás y la mujer, y entre su descendencia y la de ella (Gén. 3: 15). Esta declaración alarmó a Satanás, porque implicaba que «el hombre sería capacitado para resistir su poder».[1] Aun así «se regocijó con sus ángeles al pensar que por haber causado la caída del hombre, podía ahora hacer descender al Hijo de Dios de su elevada posición».[2] Satanás pensó que cuando Cristo se hiciera humano él podría vencerlo.

Al inmenso sacrificio de Cristo se le llama «expiación».

El segundo punto está relacionado con la última parte de Génesis 3: 15 que dice: «su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón». Esta declaración implica que el gran poder de Satanás llegaría a su fin en el momento que Cristo se ofreciera en la cruz como sustituto nuestro. (Lee Romanos 6: 23). Al inmenso sacrificio de Cristo se le llama «expiación». La palabra *expiación* significa pagar por los pecados, faltas o delitos cometidos. Implica que hay un costo para restaurar o saldar el posible agravio.

La historia de Abraham es uno de los relatos bíblicos que nos ayuda a entender el concepto de la expiación. Mediante el sacrificio voluntario de Isaac, él pudo vislumbrar «la grandeza del sacrificio hecho por el Dios infinito en favor de la redención del hombre».[3] Esto implica que nuestra salvación es una iniciativa de Dios con el fin de salvarnos. No tomó en cuenta quienes somos y lo que hacemos para salvarnos, sino lo que él es. «Porque Dios es amor» (1 Juan 4: 8).

Es más, Dios permitió que Abraham fuera probado con el fin de mostrar «la lealtad de su siervo ante todo el cielo, para demostrar que no se puede aceptar algo inferior a la obediencia perfecta y para revelar más plenamente el plan de la salvación».[4] Satanás acusa a Dios diciendo que no se puede cumplir lo que él requiere, que su ley no se puede guardar. Pero la fidelidad de Abraham echa por el suelo los argumentos de Satanás. Otro punto a considerar es que la demostración de obediencia de parte de Abraham le concede validez a la santidad de las leyes de Dios. Dichas leyes son tan sagradas que aun antes de que la humanidad se sometiera a Satanás, Cristo decidió morir por ellas, debido a que su ley es perfecta y justa (Apoc. 13: 8).

PARA COMENTAR

1. ¿Cómo puede un cristiano adventista del séptimo día utilizar el sacrificio de Cristo a manera de puente con el fin de alcanzar a personas de otra fe?
2. ¿En qué forma puede ser refutada la creencia de «una vez salvo siempre salvo» vinculada a una genuina comprensión del sacrificio de Cristo?

---

1. *Patriarcas y profetas,* p. 54.
2. *Ibíd.*
3. *Patriarcas y profetas,* p. 167.
4. *Ibíd.*, p. 168.

Alfonso P. Rodríguez Jr., Muntinlupa, Filipinas

Reaccionando ante el amor de Dios por nosotros

CÓMO ACTUAR

Juan 3: 16; 14: 21

El amor de Dios siempre está disponible. Jesús vivió, sufrió y murió con el fin de redimirnos. «Él se hizo "Varón de dolores" para que nosotros fuésemos hechos participantes del gozo eterno. Dios permitió que su Hijo amado, lleno de gracia y de verdad, viniese de un mundo de indescriptible gloria, a un mundo corrompido y manchado por el pecado, oscurecido con la sombra de la muerte y la maldición».[1] Este fue el mayor don que Dios nos concediera con el fin de demostrar su amor por nosotros. Pero, ¿acaso has pensado en las cosas que podemos hacer para compartir el amor que Dios ha derramado sobre nosotros? Hay algunos pasos sencillos:

1. **Obedece los mandamientos de Dios.** Juan 14: 23 dice: «El que me ama, obedecerá mi palabra». Juan 14: 15 asimismo afirma: «Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos». Dios nos dio sus mandamientos para que los obedeciéramos. Al cumplirlos mostramos que le amamos. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma.
2. **Recuerda que Cristo murió por nosotros.** Cuando integramos esta idea a nuestras vidas diarias, podremos hacerlo todo según la voluntad de Dios sin titubear, tomando en cuenta que dio a su Hijo para salvarnos de nuestra condición.
3. **Ama a Dios sobre todas las cosas.** Lee Éxodo 20: 3, 5. Como hijos de Dios debemos amarlo sobre cualquier persona o posesión material. Seguirlo a él en todo lo que hagamos será una muestra de que lo amamos sinceramente.

Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y alma.

4. **Arrepiéntete y confiesa tus pecados.** Debemos arrepentirnos de nuestros pecados, de nuestros odios, celos, enojos y de cualquier acto realizado en contra de los demás. Cometemos pecados en forma natural, pero el Espíritu Santo nos ayudará a realizar un cambio de mente y corazón si verdaderamente amamos a Dios. Debemos mirar a la cruz donde Jesucristo murió con el fin de salvarnos. «La verdadera confesión es siempre de un carácter específico y declara pecados particulares. Pueden ser de tal naturaleza que solamente pueden presentarse delante de Dios. Pueden ser males que deben confesarse individualmente a los que hayan sufrido daño por ellos; pueden ser de un carácter público y, en ese caso, deberán confesarse públicamente. Toda confesión debe hacerse definida y al punto, reconociendo los mismos pecados de que seáis culpables».[2]

1. *El camino a Cristo,* p. 9.
2. *Ibíd.*, p. 34.

Renelyn F. Fornoles, Muntinlupa, Filipinas

En lugar nuestro

OPINIÓN

Isaías 53: 5

¿Qué te viene a la mente cuando escuchas la palabra *expiación*? ¿Te das cuenta de la importancia que tiene para tu vida? Hace poco, salí con algunos amigos. Debido a que estaba en busca de ideas que me ayudaran a redactar esta sección de *EL UNIVERSITARIO*. Les pregunté qué pensaban acerca del sacrificio de Cristo. Ellos se mantuvieron en silencio por unos momentos, hasta que uno de ellos me pidió que compartiera algunas ideas respecto a la expiación.

Entonces descubrí lo poco que sabía sobre el tema. En cierta medida es un tema conocido, pero rara vez se lo discute con detenimiento. Sí, sabía que Jesús murió por mí debido a que me ama. He escuchado a menudo la discusión del mismo durante la Escuela Sabática, especialmente cuando era niña. Cantamos himnos al respecto, y he memorizado textos que se refieren a la maravillosa promesa de salvación. Sin embargo, mientras estudiaba, con el fin de cumplir esta asignación, me sorprendí al descubrir algo: es incomprensible el amor que llevó a Dios a sacrificarse y morir por nosotros.

En el momento que el hombre aceptó las tentaciones de Satanás e hizo lo que Dios había prohibido, Cristo el Hijo de Dios se colocó entre los vivos y los muertos diciendo: «dejad que la culpa recaiga sobre mí. Tomaré el lugar del hombre. A él se le dará otra oportunidad».* Oh ¡qué maravilloso Salvador! ¡Nosotros lo tenemos todo por ganancia y nada que perder! Jesús actuó motivado por un amor inmensurable.

A partir del fracaso de Adán y Eva muchos himnos que hablan de la promesa de salvación han resonado por todas las edades. Comenzaron a escucharse en el Edén, luego de la transgresión, allí donde Dios anunció su plan para salvar a la humanidad. También se establecieron leyes y ceremonias que les recordarían a la gente dicha promesa. Ofrecían animales inocentes y sin tacha como sacrificio: un símbolo del sacrificio de Cristo. Hoy en día ya no ofrecemos sacrificios. La muerte de Cristo en el Calvario fue el cumplimiento de la promesa que se les hiciera. Él pagó la totalidad del rescate, no algo menos.

Jesús actuó motivado por un amor inmensurable.

Aquella escena en el Calvario constituye la esencia de nuestra fe. Necesitamos enfocarnos en la misma con el fin de no perder la vida eterna. Es un símbolo de que podemos siempre confiar en las promesas de Dios. Sin embargo, él no puede obligarnos a que lo amemos. Forzar a alguien para que haga algo no es parte de su carácter. La decisión de aceptar o rechazar su invitación a disfrutar de la dicha eterna descansa en nuestras manos.

* Ver: *Comentario bíblico adventista,* t. 1, p. 1085.

Rizza Mae M. Liwanag, Makati, Filipinas

Viernes
31 de octubre

Gracias por la salvación

EXPLORACIÓN

Génesis 3: 15; Isaías 53: 5; Juan 14: 23

PARA CONCLUIR

Dios hizo provisión para reconciliar a la humanidad pecadora consigo, aun antes de la caída de Adán y Eva. Él nos instruyó respecto a la venida del Mesías en Génesis 3: 15. Asimismo mediante la maravillosa provisión hecha a favor de Abraham, mientras este se disponía a sacrificar a su único hijo; mediante la intercesión de Moisés a favor de un pueblo rebelde. Las buenas nuevas de salvación en Cristo, nos brindan esperanzas en medio del conflicto entre Satanás y la mujer, la iglesia de Dios. La expiación nos desafía a vivir vidas de obediencia a Dios; pero ante todo nos amista con el Amor de nuestras vidas, el Sustentador de nuestras almas.

CONSIDERA

- Grabar un corto video mientras dos amigos conversan respecto a la siguiente declaración: «Cuéntanos de algún momento de tu vida en el que fuiste librado de una situación difícil». Pídeles a tus amigos que expresen la forma en que se sintieron al ser «salvados» de sus dificultades.
- Analizar la forma en que la gente hace penitencia por sus pecados: en el islamismo, el hinduismo; los agnósticos, los ateos y los no religiosos.
- Memorizar Efesios 2: 8, 9. Comparte este versículo con algún amigo no cristiano, o con algún compañero de trabajo. Explícales por qué ese texto es especial para ti.
- Hacer una grabación relatando las circunstancias en que aceptaste a Jesús como tu Salvador. Escoge un himno que se relacione con tu experiencia para utilizarlo como fondo musical de tu grabación.
- Organizar una caminata de oración en tu comunidad o vecindario. Orar específicamente pidiendo poder y conocimiento para compartir las maravillosas nuevas de salvación en Cristo.
- Colocar en alguna página de Internet un mensaje compartiendo tu agradecimiento por el don de Jesús.
- Evaluar tu respuesta al sacrificio realizado por Jesús para expiar tus pecados. Escribe acerca de algún aspecto de tu vida que no hayas rendido por completo a Dios, y respecto a la forma en que piensas hacerlo.

PARA CONECTAR

✓ Romanos 5 y 6. *El Deseado de todas las gentes*, caps. 3, 4. Roy Gane, *Altar Call*, caps. 1-4.

Dwain Esmond, Filadelfia, Pensilvania